Índice

Efrén Hernández

Prólogo de
Alí Chumacero

Selección de
Guillermo Buendía y Javier Sicilia

Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

México, 2007

Ficha Autobiográfica

Nací el día primero de septiembre del ya concluido año de 1904. Procedo de tocayo. Mi madre se apellidó como mi padre, y se llamó Josefa. Mi afición a la literatura, creo yo, es heredada. Más de cuatro parientes míos, de la generación de mi padre hicieron versos. He aquí, como ilustración, unos muy breves, debidos a Efrén Hernández, el viejo:

Bien sé que el triste acento que el náufrago envía
de la distante playa do el viento lo arrojó,
destemplará los tiernos acordes de alegría
que con sus plectros de oro te brinda ilusión.

Y sé también que quiso sus íntimos pesares
dejar en el olvido y despertar su fe,
y enviarte el entusiasta cantar de sus cantares,
más dulce que las notas del idílico rabel.

Mas ya cuando el santuario del alma se convierte
en ruinas bajo el beso amargo del pesar,
las liras enmudecen y al soplo de la muerte
la luz de la esperanza se apaga en el altar.

Para ahora yo he llegado a una edad que él no llegó a alcanzar por haberle faltado a él, para ello, nueve años. Yo entonces tenía catorce, y quedé a afrontar la vida bajo mi cuenta y riesgo desde entonces. Así se explica que haya ido y venido tanto en tantas direcciones sin atinar ninguna. Primero fui aprendiz de botica, después mozo del mismo juzgado en que mi padre había sido juez, y en lo que sigue, y por el orden mismo en que lo apunto: aprendiz de zapatero, aprendiz de platero, depen-

diente en tienda de ropa, etc. Y mientras tanto fui pagando materias de preparatoria, aprovechando que allá en León admitían que uno estudiara en su casa a la hora que pudiera, y luego solicitara examen a título de suficiencia.

Vine a México a inscribirme en la Facultad de Derecho en el año de 1925. Ahí estudié hasta 1928. Quise dejar esos estudios, por haberme parecido vacío y sin meollo de sustancia verdadera lo que ahí se aprende. De aquella experiencia aún conservo la impresión de que los espaldarazos de los títulos universitarios no son más que un fraude. Especialmente por lo que respecta a licenciados, médicos, maestros y doctores en derecho, artes, filosofía, letras, ya que el don de juicio, la inteligencia creadora, la inquietud metafísica, son dones que se traen de nacimiento, y ni los más conspicuos representantes al uso de la autoridad universitaria sabrían distinguir un verdadero agraciado, de un simple anotador de fechas de nacimiento de autores, de lomos de libros y otras bagatelas, acerca de filósofos o artistas.

En mi formación no cuento, pues, sino la preparatoria, y la escuela, a mi modo de ver, aún más importante, de la vida directa, del contacto con los hombres de carne y hueso, y con los libros buenos y el mundo.

El resultado ha sido:

Algunos cuentos, algunos versos, una pieza de teatro, dos novelas, y un libro ya casi terminado, de ideas y de definiciones.

De los cuales se han editado hasta ahora, los siguientes: *Tachas*, cuento publicado por la Secretaría de Educación en el año de 1928.

El señor de palo, cuentos, Editorial "Acento", 1932.

Cuentos, Edición de la Universidad, 1941. (Aquí se incluyen los cuentos antes mencionados, y otros cuatro).

Entre apagados muros, versos. Edición de la Universidad de 1943.

La paloma, el sótano y la torre, novela, 1949.

Cerrazón sobre Nicómaco, ¿cuento largo; novela corta? Edición del autor, 1946.

Y varios, incluyendo crítica, en diarios, libros hechos en colaboración como *Ocho poetas mexicanos*, y revistas.

EFRÉN HERNÁNDEZ

IMAGEN DE EFRÉN HERNÁNDEZ

Sitio aparte guardó Efrén Hernández (1904-1958) entre los escritores de su generación. En 1928 se dio a conocer con un cuento, Tachas, que habría de darle no sólo notoriedad sino el sobrenombre con que sus amigos cercanos lo designaban. Mientras sus contemporáneos buscaban con avidez el remozamiento de las letras nacionales en ejemplos provenientes de otras lenguas —particularmente la francesa—, él se mantuvo apegado a la tradición castellana y, lo mismo en verso que en prosa, prefirió recurrir a las grandes figuras de los Siglos de Oro que vivifican sus métodos expresivos y le cedieron los moldes para verter su emoción personal y el afán de percibir insólitos matices del mundo inmediato. Desde las cuatro paredes de su cuarto, atisbando por los rincones, encendiendo con la palabra objeto tras objeto,

evocando sucedidos sin mayor relieve, creó un universo oscilante que va de la mera malicia al esplendor franco de lo poético. En buena proporción, su prosa es un puente apto para mantener la continuidad de ciertos escritores mexicanos que, como inmediatamente antes lo había hecho *Micrós* (1868-1908), suelen descubrir en la palpitación de lo nimio, en la pequeñez de la vida cotidiana, el temblor de la existencia.

Delgado a más no poder, bajo de estatura, extravagante en el vestir y malicioso como pocos, Efrén Hernández era dueño de una inteligencia insinuante que se encubría con la ingenuidad premeditada de quien ignora el entusiasmo del optimismo. No había en sus novelas y cuentos la heroicidad que asombra, ni los gritos que ensordecen; tampoco recurrió a gruesas pinceladas para poner ante nuestros ojos personajes violentos o animados por la grandeza de sus ademanes, ni concedió a su oficio distinto destino que reflejar el espíritu de quien, aun en horas gratas a la desmesura imaginativa, sabía otorgar preeminencia a la razón. Frecuentemente a su poesía llegaban ecos de antiguas voces y procedimientos —palabras poco usadas, frases que se anudan con digresiones, imágenes que pecan de sinceras— que al descender a su soledad se enriquecían con sensaciones impulsadas por una doliente reflexión. Si algún epíteto le corresponde es el de divagador. De la brevedad de la vida a la amplitud de la alcoba, de la distracción al sueño, de ventanas a nubes, su pluma saltaba ágilmente conducida por una diversidad de ideas que desembocaban a veces en el ámbito de la incertidumbre. A partir del cuento "Tachas" —y Efrén Hernández fue sobre todo un cuentista— su personalidad literaria quedó definida. La inquie-

tud que distraía su mente no sólo lo arrasó hacia lo profético ni lo convirtió en el literato que en unas cuantas páginas resuelve la insistencia de sus dudas. No frecuentó los cataclismos ni acató el llamado de la tragedia sino que, por el contrario, hizo el consabido viaje alrededor de su cuarto, deslizándose en múltiples divagaciones, y allí mismo quemó las naves. Su excelencia reside, precisamente, en eso: en que, si bien dilató el juego de los temas, no quiso salir del leve purgatorio de su alma.

Acaso nadie, en las letras mexicanas de los últimos lustros, haya redactado sus textos con tal semejanza consigo mismo, con tanto amor por su íntimo impulso afectivo. Mucho contribuyó a reforzar esa actitud la fidelidad a lo autobiográfico. Las experiencias inmediatas, el recuerdo de las pasadas, la sospecha de las venideras, aparecen a tramos transformados en minuciosas observaciones. "Me conocía harto pícaro y harto mosca muerta y mátalos callando —dice—, y precisamente en estas malas propiedades basaba mi satisfacción, y en estas dotes, en rigor negativas, ponía toda mi complacencia." Eso era de niño, y de persona mayor tales premisas, fundadas en la destreza de sus expresiones literarias, le allanaron el camino para hacer burla aun de sus propios pensamientos. La desilusión marcaba el ritmo a muchas de esas argumentaciones interiores. Así al preguntarse por la palabra"amor", escribió intencionadamente:"Llegó entonces mucho más adentro de mí, penetró hasta la alcoba en donde duermen las palabras, se quitó el sombrero, se desnudó de su significado y, muerta, muertecita de sueño se quedó dormida," El"silencio de deseos", que había conocido Miguel de Molinos, rondaba su conciencia.

Varios poemas, una novela —*La paloma, el sótano y la torre*—, un fragmento —que inicialmente formaba parte de la anterior—, una novela corta —*Cerrazón sobre Nicómaco*— y algunos cuentos comprende la producción de Efrén Hernández. Además, multitud de artículos de crítica literaria y consideraciones de índole variada, una comedia, una "tragiburledia cinematográfica" escrita en colaboración

y unos cuantos prólogos refuerzan su labor. El presente volumen de *Obras*,* que recoge la porción sobresaliente de su trabajo, ayudará a reconocerle ese sitio aparte que, por constante convicción, eligió entre sus contemporáneos.

ALÍ CHUMACERO

Tachas

Eran las 6 y 35 minutos de la tarde.

El maestro dijo: ¿Qué cosa son tachas? pero yo estaba pensando en muchas cosas; además, no sabía la clase.

El salón de estos hechos tiene tres puertas, de madera pintada de rojo, con un vidrio en cada hoja, despulido en la mitad de abajo.

A través de la parte no despulida del vidrio de la puerta de la cabecera del salón, veíanse, desde el lugar en que yo estaba: un pedazo de pared, un pedazo de puerta y unos alambres de la instalación de luz eléctrica. A través de la puerta de en medio, se veía lo mismo, poco más o menos lo mismo, y, finalmente, a través de la tercera puerta, las molduras del remate de una columna y un lugarcito triangular del cielo.

Por este triangulito iban pasando nubes, nubes, lentamente. No vi. pasar en todo el tiempo, sino nubes, y un veloz, ágil, fugitivo pájaro.

Es muy divertido contemplar las nubes, las nubes que pasan, las nubes que cambian de forma, que se van extendiendo, que se van alargando, que se tuercen, que se rompen, sobre el cielo azul, un poco después que terminó la lluvia.

El maestro dijo:

—¿Qué cosa son tachas?

La palabrita extraña se metió en mis oídos como un ratón a su agujero, y se quedó en él agazapada. Después entró un silencio caminando en las puntitas de los pies, un silencio que, como todos los silencios, no hacía ruido.

No sé porqué, pero yo pienso que lo que me hizo volver, aunque a medias, a la realidad, no fueron las

palabras, sino el silencio que después se hizo; porque el maestro estaba hablando desde mucho antes, y, sin embargo, yo no había escuchado nada.

¿Tachas? ¿Pero, qué cosa son tachas? Pensé yo. ¿Quién va a saber lo que son tachas? Nadie sabe siquiera qué cosa son cosas, nadie sabe nada, nada.

Yo, por mi parte, como ejemplo, no puedo decir lo que soy, ni siquiera qué cosa estoy haciendo aquí, ni para qué lo estoy haciendo. No sé tampoco si estará bien o mal. Porque en definitiva, ¿quién es aquel que le atinó con su verdadero camino? ¿Quién es aquel que está seguro de no haberse equivocado?

Siempre tendremos esta duda primordial.

En lo ancho de la vida van formando numerosos cruzamientos los senderos. ¿Por cuál dirigiremos nuestros pasos? ¿Entre estos veinte, entre estos treinta, entre estos mil caminos, cuál será aquél, que una vez seguido, no nos deje el temor de haber errado?

Ahora, el cielo, nuevamente se cubría de nubes, e iban haciéndose en cada momento más espesas; de azul, sólo quedaba sin cubrir un pedacito del tamaño de un quinto. Una llovizna lenta descendía, matemáticamente vertical, porque el aire estaba inmóvil, como una estatua.

Cervantes nos presenta en su libro: *Trabajos de Persiles y Segismunda*, una llanura inmóvil y en ella están los peregrinantes, bajo el cielo gris, y en la cabeza de ellos, hay esta misma pregunta. Y en todo el libro no llega a resolverla.

Este problema no inquieta a los animales, ni a las plantas, ni a las piedras. Ellos lo han resuelto fácilmente, plegándose a la voluntad de la Naturaleza. El agua hace bien, perfectamente, siguiendo la cuesta, sin intentar subir.

De esta misma manera, parece que lo resolvió Cervantes, no en Persiles que era un cuerdo, sino en Don Quijote, que es un loco.

Don Quijote soltaba las riendas al caballo e iba más tranquilo y seguro que nosotros.

El maestro dijo:

—¿Qué cosa son tachas?

Sobre el alambre, bajo el arco, posó un pajarito diminuto, de color de tierra, sacudiendo las plumas para arrojar el agua.

Cantaba el pajarito, u fifí. fifí. De fijo el pajarito estaba muy contento. Dijo esto con la garganta al aire; pero en cuanto lo dijo se puso pensativo. No, pensó, con seguridad, esta canción no es elegante. Pero no era ésta la verdad, me di cuenta, o creí darme cuenta, de que el pajarito no pensaba con sinceridad. La verdad era otra, la verdad era que quien silbaba esta canción era la criada, y él sentía hacia ella cierta antipatía, porque cuando le arreglaba la jaula, lo hacía de prisa y con mal modo.

La criada de esa casa, ¿se llamaba Imelda? No. Imelda es la muchacha que vende cigarros "Elegantes", cigarros"Monarcas", chicles, chocolates y cerillas, en el estanquillo de la esquina. ¿Margarita? No, tampoco se llamaba Margarita. Margarita es nombre par una mujer bonita y joven, de manos largas y blancas, y de ojos dorados. ¿Petra? Sí, éste sí es nombre de criada, o Tacha. ¿Pero en qué estaría pensando cuando dije que nadie sabe qué cosa es tacha?

Es una lástima que el pajarito se haya ido. ¿Para dónde se habrá ido ahora el pajarito? Ahora estará parado en otro alambre, cantando u fiiiii, pero yo ya no lo escucho. Es una lástima.

Ya el cielo estaba un poco descubierto, era un intermedio en la llovizna. Llegaba el anochecimiento lentamente. La llegada de la sombra le daba un sentido más hondo al firmamento. Las estrellas de todas las noches, las estrellas de siempre, comenzaron a abrirse por orden de estaturas y distancias.

De abajo subía el ruido de toda la ciudad; de arriba caía el silencio de todo el infinito.

De cierto, no sé que cosa tiene el cielo aquí, que transparenta el universo a través de un velo de tristeza.

Allá son muy raras las tardes como ésta, casi siempre se muestra el cielo transparente, teñido de un maravilloso azul, que no he encontrado nunca en otra parte alguna. Cuando empieza a anochecer, se ven en su fondo las estrellas, incontables, como arenitas de oro bajo ciertas aguas que tienen privilegios de diamante.

Allá se ven más claritas que en ninguna parte las facciones de la luna. Quien no ha estado allá, de verdad no sabe cómo será la luna. Tal vez, por esto, tienen aquí la idea de que la luna es melancólica. Ésta es una gran mentira de la literatura. ¡Qué ha de ser melancólica la luna!

La luna es sonriente y sonrosada, lo que pasa es que aquí no lo conocen. Su sonrisa es suave, detrás de sus labio asoman unos dientes menuditos y finos, como perlas, y sus ojos son violáceos, de ese color ligeramente lila que vemos en la frente de las albas, y entorno a sus ojeras florecen manojitos de violetas, como suelen alrededor de las fuentes profundas.

Allá todo es inmaculado, allá todo es sin tachas... tachas, otra vez tachas. ¿En qué estaría yo pensando, cuando dije que nadie sabe qué cosas son tachas?

Había pensado esto con la propia velocidad del pensamiento, y que Dios diga lo que seguiría pensando, si no fuera porque el maestro repitió por cuarta o quinta vez, y ya con voz más fuerte:

—¿Qué cosa son tachas?

Y añadió:

—A usted es a quien se lo pregunto, a usted, señor Juárez.

—¿A mí, maestro?

—Sí señor, a usted.

Entonces fue cuando me di cuenta de una multitud de cosas. En primer lugar, todos me veían fijamente. En segundo lugar, y sin ningún género de dudas, el maestro se dirigía a mí. En tercer lugar, las barbas y los bigotes del maestro parecían nubes en forma de bigotes y de barbas, y en cuarto lugar, algunas otras; pero la verdaderamente grave era la segunda.

Malos consejos, experimentos turbios de malos estudiantes, me asaltaron entonces y me aseguraron que era necesario decir algo.

—Lo peor de todo es callarse, me habían dicho. Y así, todavía no despertado por completo, hablé sin ton ni son, lo primero que me vino a la cabeza.

No podría yo atinar con el procedimiento que empleó mi cerebro lleno de tantos pájaros y de tantas nubes, para salir del paso, pero el caso es que escucharon todo esto que yo solté muy seriamente:

—Maestro, esta palabra tiene muchas acepciones, y como aún es tiempo, pues casi nos sobra media hora, procuraré examinar cada una de ellas, comenzando por la menos importante, y siguiendo progresivamente, según el interés que cada una nos presente.

Yo estoy desengañado de que no estoy loco; si lo estuviera, ¿por qué lo habría de negar?, lo que pasa

es otra cosa, que no está bueno explicar, por que su explicación es larga. De modo que la vez a que me vengo refiriendo, yo hablaba como si estuviera solo, monologando. Y noto que usted guarda silencio. . .

Usted, en aquel rato, para mí, no significaba nadie; según la realidad, debía ser el maestro; según la gramática, aquel a quien dirigiera la palabra, más para mí, usted no era nadie, absolutamente nadie. Era el personaje imaginario, con quien yo platico cuando estoy a solas. Buscando el lugar que le corresponda entre los casilleros de la analogía, corresponde a esta palabra el lugar de los pronombres; sin embargo, no es un pronombre personal, ni ningún pronombre de los ya clasificados. Es una suerte de pronombre personal que, poco más o menos, puede definirse así. Una palabra que yo uso algunas veces par fingir que hablo con alguien, estando en realidad a solas. Seguí:

—Noto que usted guarda silencio, y como el que calla otorga, daré principio, haciéndolo de la manera que ya dije. La primera acepción, pues, es la siguientes: tercera persona del presente de indicativo del verbo tachar, que significa: poner una línea sobre una palabra, un renglón o un número que haya sido mal escrito. La segunda es otra: si una persona tiene por nombre Anastasia, quien la quiera mucho, empleará, para designarla, esta palabra. Así , el novio, le dirá:

—Tú eres mi vida, Tacha.

La mamá:

—¿Ya barriste, Tacha, la habitación de tu papá?

El hermano:

—¡Anda, Tacha, cóseme este botón!

Y finalmente, para no alargarme mucho, el marido, si la ve descuidada (Tacha puede hacer funcio-

nes e Ramona), saldrá poquito a poco, sin decir ninguna cosa.

La tercera es aquélla en que aparece formando parte de una locución adverbial. Y esta significación, tiene que ver únicamente con uno de tantos modos de preparar la calabaza. ¿Quién es aquél que no ha oído decir alguna vez, calabaza en tacha? Y, por último, la acepción en que la toma nuestro código de procedimientos.

Aquí entoné, de manera que se notara bien, un punto final.

Y Orteguita, el paciente maestro que dicta en la cátedra de procedimientos, con la magnanimidad de un santo, insinuó pacientemente:

—Y, díganos señor, ¿en qué acepción la toma el código de procedimientos?

Ahora, ya un poquito cohibido, confesé:

—Ésa es la única acepción que no conozco. Usted me perdonará, maestro, pero . . .

Todo el mundo se rió: Aguilar, Jiménez Tavera, Poncianito, Elodia Cruz, Orteguita. Todos, se rieron, menos *el Tlacuache* y yo que no somos de este mundo.

Yo no puedo hallar el chiste, pero teorizando, me parece que casi todo lo que es absurdo hace reír. Tal vez porque estamos en un mundo en que todo es absurdo, lo absurdo parece natural y lo natural parece absurdo Y yo soy así, me parece natural ser como soy. Para los otros no, para los otros soy extravagante.

Lo natural sería, dice Gómez de la Serna, que los pajaritos dormidos se cayeran de los árboles. Y todos lo sabemos bien, aunque es absurdo, los pajaritos no se caen.

Ya estoy en la calle, la llovizna cae, y viendo yo la manera como llueve, estoy seguro de que a lo lejos,

perdido entre las calles, alguien, detrás de unas vidrieras, está llorando porque llueve así.

Santa Teresa

Ahora que me voy fijando, este cuarto no es un cuarto a propósito para vivir.

Se conoce. La vida es demasiado corta y el cuarto demasiado largo.

Si yo fuera carrete de hilo, podría acostarme en él sin doblar las rodillas.

La relación entre sus dimensiones desequilibra y lo pone a uno de mal genio; pero quien lo hizo debió ser, a pesar de todo, muy inteligente, muy previsor, y precavido, pues, previéndolo todo, construyó una puerta y, por ella, puede uno salir.

La puerta comunica con el patio.

En el centro del patio hay una fuente sin agua.

El agua la traen del ojo de agua y el ojo de agua lo puso Dios en la punta del cerro.

Otro medio de escape es la ventana. Aquella cuadrada y pequeñita visible desde aquí. Aquí, quiere decir un lugar muy próximo a la cama, en donde estoy sentado con ganas de dormir; más temeroso de acostarme.

La cama no es mi conocida, y como vi que es neurasténica y de todo tiembla, y sé que mi sueño es como la tierra; tiene dos movimientos: uno de rotación y otro de traslación, puede ser que cuando yo mueva la cama esté pensando en otra cosa. En este caso se sorprendería, podría hasta desmayarse, doblar las piernas y dar conmigo en tierra.

Reconozco que la tierra es nuestra madre, dulce, piadosa y digna de nuestro cariño; pero estos encuentros deben hacerse reposadamente, con la mayor suavidad que sea posible. Para bajar a ella es necesario que estemos insensibilizados, que nos guarden en una caja forrada de cojines y que nos bajen con paracaídas o cordeles. De ninguna manera con esta cama podría hacerlo; así podría descalabrarme. Ahora nuevamente veo como tenía razón cuando dije: la persona que construyó esta pieza era muy inteligente. En todos los detalles se conoce; hasta en esto de poner junto a la cama un centinela para evitar un accidente.

El centinela es un retrato de Santa Teresa de Jesús, que cuelga de un clavito en la pared; pero ella no cumple bien su cometido, pues está distraída, contemplando quién sabe qué cosas en el cielo. ¿Un astro? No, el cielo está nublado. ¿Un angelito? No, tampoco está contemplando un angelito porque los angelitos están más allá de las estrellas, y Santa Teresa no ve a través de un catalejo. Más bien puede ser que esté mirando un globo.

Desde que la vi tan distraída han venido a platicarme cuatro o cinco malos pensamientos. Quieren que le pique las costillas; quieren que le suene, de repente, un claxon; quieren que le ponga un lápiz junto a las orejas y le diga: "Oiga usted, Santa Teresa de Jesús" para que al voltear se pique la nariz. Pero yo les digo que estoy en esta casa de visita, que una persona decente debe portarse con corrección en las visitas y que sería necesario tener una escalera.

Todo esto se los digo, sólo para que no me sigan molestando. Yo bien sé dónde podría encontrar una escalera. La verdad es que me simpatiza mucho su carita.

En un principio me pareció un retrato de familia. El retrato de una abuela o de una tía de don Maurilio; pero cuando me puse los anteojos nuevos hice un descubrimiento: descubrí su nombre.

Un nombre y una imagen eran los únicos datos suyos que tenía. Más luego, su traje, y trayendo a mi memoria el refrán que dice:"El traje hace al monje", vine a saber que no es el retrato de ninguna abuela, sino que se trata de una monja.

Por dos o tres minutos me asaltó una duda. Bien podía ser una comedianta. Las comediantas se visten con cualquier vestido.

Una comedianta vestida de monja, no es una monja. Pero en este momento una lamparita que noté al apagarse y porque se apagó, me dio a entender que sin duda alguna no se trata de una comedianta. Todo el mundo sabe que a las comediantas no se les prenden lamparitas.

Del pronombre posesivo que hay en su nombre, deduje que no es una persona libre y que su dueño es Jesús.

En general es muy dolorosa la vida de los siervos. ¿Ha estudiado, usted, Derecho Romano? ¿Ha leído, usted, la historia de Egipto? Cuando una persona es de condición servil, sufre mucho. Los señores o dueños consideran que sus siervos son como animales y los tratan con crueldades inauditas. Sin embargo, Santa Teresa de Jesús tuvo mayor fortuna; porque, de Jesús, se dice que fue muy buena gente.

Confieso que Jesús cuando pequeño era una alhaja. Lo mismo decía de mí mi papá Nacho. Por eso quería más a Palemón. Palemón era juicioso, Palemón era atento, Palemón no les ponía colas de papel a las visitas.

Jesús sacaba los fierros de la carpintería de San José, San José lo arrodillaba y le ponía orejas de burro, la Virgen lavaba, Santa Ana tendía.

Pero con el tiempo, Jesús cambió completamente. Nos lo dicen San Mateo, San Juan, San Lucas y San Marcos: "Con los años crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres."

La narración es dulce, milagrosa, transparente como el curso paulatino del Jordán. Y cuando murió Jesús, la tierra se llenó de sombra.

Ahora va haciéndose noche, cada vez se hace más noche. Nos estamos acercando al más estricto lindero de la noche. El reloj dice que faltan dos minutos para que sean las doce. Dejemos, pues, la historia, y vamos a dormir.

¡Qué buena suerte tuvo Santa Teresa de Jesús! Cuánto diéramos nosotros, hombres libres, por ser esclavos de un señor tan apacible como éste, que sólo se enojó una vez, la vez que se enojó en la Lagunilla.

Cuando zumba un mosquito ya sé que no voy a poder dormir. Afortunadamente aquí hay autores clásicos, mejores que el bromural para el insomnio.

Al abrir el libro sucede una increíble cosa. He topado con la historia de las tantas veces arriba mencionada Santa Teresa de Jesús.

Antes dije: Vamos a dormir.

Ahora digo: ¿Usted gusta? Vamos a leer.

"Santa Teresa de Jesús era incansable, se movió febrilmente, no paró en toda su vida."

Luego viene un regaño. El autor de este prólogo regaña al autor de otro prólogo a un libro de la

misma señorita; porque tuvo el atrevimiento de pensar los siguientes versos:

Tantas idas
y venidas,
y revueltas,
quiero, amiga,
que me digas:
¿Son de alguna utilidad?

fueron escritos en honor de Santa Teresa de Jesús.

Después vienen unas ideas extravagantes. Dice que Santa Teresa de Jesús es una santa.

—Un momento, señor escritor, le digo yo entre mí. ¿Por qué dice usted que Santa Teresa de Jesús es una santa? Yo tengo el honor de conocerla personalmente. Las santas son unas señoras que no se mueven nunca, que permanecen quietecitas en los nichos de los templos, o bajo los capelos de cristal en las rinconeras de las casas. ¿Cómo ésta puede ser santa si no se estaba quieta ni un momento? Es posible que se puedan hacer santas de cuerda. Unas semejantes a esos negros que bailan; pero me parece a mí que esta Santa Teresa de Jesús fue mucha cuerda. Además, ¿cómo no se descompuso en tanto tiempo? Por otra parte, en aquel tiempo no había juguetes tan perfeccionados.

Tanto barajé estos pensamientos, que me cansé de barajarlos y, por descansar, cambié de libro.

Pero salí perdiendo.

El nuevo libro dice que algunos hombres se parecen a los gatos, en que por las noches vagan en las azoteas.

Para decir verdad, diré que en este punto cerré el libro, pensando que el escritor es un salvaje; pero al

apagar la luz, la luna se metió por la ventana, y muchas azoteas en mi cabeza, muchas azoteas llenas de tendederos y de luna.

Efectivamente, ¿qué duda cabía ahora de que yo era un gato?

"Algunos hombres se parecen a los gatos, en que por las noches vagan en las azoteas." Esto somos los hombres; unos gatos incoloros, pardos; como todos los gatos en la noche, unos gatos errantes sobre los pretiles sin rumbo de la vida. . . El silencio era una cosa que caía, que colgaba, como una cabellera de seda resbalando en los hombros de la noche de luna.

En sueños, vi una parejita de papel ahogándose en un estanque roto como un vidrio, y a una señorita de escuela que: —una bolita más una bolita son dos bolitas—, decía desde el principio del mundo.

Después llegó un gigante. La profesora ya no siguió sumando y se quedó con la boca abierta, porque el gigante comía a cucharadas una sopa de la que cada arroz era un elefantito de tamaño natural. Finalmente, llegaron al baño dos choferes, y el más chico se enojó con el más grande:

—Como se conoce que no tienes costumbre de bañarte. No sabes bañarte. ¡Todo te mojas!

Cuando desperté me hacía temblar el frío, por eso eché el pestillo a la ventana y, aunque el frío se entibieció, se me fue el sueño.

Así volví a esta pieza.

Para determinar mi posición exacta, sólo me falta conocer la hora. Mi reloj ya no camina, lo conozco en que no se oyen sus pasos. Para conocerlo, sería necesario ir con el juez de paz, y despertarlo, o caminar doce kilómetros, que es, aproximadamente, la distancia que hay de aquí al campanario con reloj ilu-

minado de mi tierra.

Por la ventana se ven tres jacalitos mexicanos. En seguida se ve una nopalera; más allá comienza el declive suave de una loma. El cielo es una colcha nítida que se extiende tras de todas las cosas y en él, las estrellitas saltan incansablemente como *jumping beans*, y la luna es una perezosa que no tiene quehacer, y no hace nada.

Estoy aquí, porque me lo pidió con insistencia don Maurilio. Un señor que vive de recuerdos, y, por filosofías, dedicado, ya que no puede a sus campos, a cultivar su espíritu y el de su hija.

Cada vez que baja a la ciudad, va a la librería y dice al librero:

—Déme usted ocho pesos de libros; pero que sean surtidos y de buenos autores.

En todos los viajes trae consigo un estudiante de los más inteligentes, tabaco, guayabate y un trapito.

—Para que te hagas una blusa, Inés.

Inés piensa que ya tiene muchas blusas.

Don Maurilio piensa que si no se resuelve pronto la cuestión religiosa, pronto será el fin de la patria mexicana.

Este golpe que acabo de sentir en mi zapato, lo ha dado el ratón.

Inés tiene muchas blusas.

Don Maurilio teme que esté pronto el fin de la patria mexicana. Cada quien, más o menos grandes, tiene sus preocupaciones. Hasta el ratoncito. El ratoncito piensa que yo puedo comérmelo.

Se conoce en que está retirado varios metros, y también en que no se atreve a dar un paso. Está haciéndose el muerto, con la raposita mortecina de la

fábula del conde Lucanor.

“Si pasara un home, e dijera que los pelos de la frente del ratón es bueno ponerlos en la frente de los niños para que lo los aojen”, él permanecería quieto como la raposita. Pero pues no pasa ningún home; ningún home dice nada, ningún home saca sus tijeras para cortar los pelos de la frente del ratón.

Un refrán indica: cree el león que todos son de su condición. En este refrán. león no quiere decir únicamente león sino Pedro, Juan o Francisco. Por eso, al ratoncito, se le prende en la imaginación una malicia, y descubre que yo también me estoy haciendo el muerto.

Se trata de un ratón sencillo que tiene las costumbres sencillas de la gente sencilla del campo No de una raposita enredadora.

Una raposita saldría fácilmente de este apuro prometiéndome la luna, dándome un consejo par alcanzar un reino, o diciéndome que tengo una hermosa voz. Pero se trata de un miedoso ratoncito, que viendo que no me muevo durante tanto tiempo, se le ocurre que debo ser muy peligroso.

Fuera de esto, es un ratón que tiene muy grande memoria, y ahora le parece recordar que me ha visto antes; pero no se acuerda cuándo.

¿O será que me parezco a alguien con quien me confunde?

Por su conciencia van pasando arañas, cucarachas, grillos. Él no ha salido nunca de este cuarto, con excepción de aquella vez que tuvo el atrevimiento de subir a la ventana y vio un conejo. Yo no soy parecido a las arañas, ni a las cucarachas, ni a los grillos. Tampoco me parezco a los conejos. ¿En dónde me ha visto pues? ¿En el techo? ¿Sobre el piso? No, no me vio en el techo ni en el suelo, me

vio colgado de la pared.

En efecto, no soy precisamente el que estaba colgado en la pared, sino que la Santa Teresa es, de todo cuanto ha visto, lo que más se parece a mí.

Santa Teresa no es peligrosa, no se hace la muerta para inspirar confianza, él puede hacer cuanto le plazca, aunque esté Santa Teresa junto a él, y nunca ha tratado de comérselo.

He aquí al ratoncito que ya no me tiene miedo, se me acerca, y comienza a alimentarse con la cinta de un zapato mío.

Decididamente me ha caído en gracia el ratoncito pero aquí no hay tiendas, y si acaba con la cinta de mi zapato, ¿en dónde la repondré?

—¡Ushia! Ratón.

¿Qué habría usted hecho si de pronto se moviera una estatua de Nerón o de don Benito Juárez?

El ratón al oír mi grito y al ver mi movimiento, hizo lo que usted hubiera hecho: se quedó espantado.

Después, ya repuesto del susto, se metió de visita en el agujero de un amigo suyo y se lo dijo todo.

—Una Santa Teresa grande que trajeron hace poco, levantó la mano y dijo: ¡Ushia, ratón! Si no lo quieres creer, vamos para que lo veas.

El otro ratoncito estaba ciego, así que no podía verme; pero el oído lo tenía perfectamente y, si se repetía el milagro, cuando menos lo oiría.

En este momento yo ya me había olvidado de los ratones, y estaba viendo, con los ojos que me quedan cuando cierro los ojos, el gato en que me convertía por un momento, un poco antes.

A veces los recuerdos son más vivos que las impresiones originales, y esta vez fui más gato que antes, e hice miau con el pensamiento, y los ratones,

al oírme, se escondieron y no volvieron a salir.

Ahora mis pensamientos van por otro rumbo. Los ratones serán tan simpáticos como usted quiera, pero son muy perjudiciales. Don Maurilio debería tener algunos gatos para acabar con los ratones. En menos de doce horas que tengo en esta casa he visto cuatro: uno en la troje, dos aquí y el que se subió a la mesa cuando estábamos cenando.

Fue, precisamente, en el momento en que don Maurilio se quejaba de un dolor en el muslo.

—No, no es reumatismo —decía don Maurilio— Es un dolor que tengo desde que un caballo me dio un puntapié.

Silenciosamente atravesó el ratón, y no lo habríamos visto si no hubiera hecho sonar un vaso contra otro.

Por fortuna, se fue inmediatamente, y no distrajo a Inés.

Inés, sin darse cuenta que estaba con nosotros, se mordía las uñas. Durante toda la cena hizo lo mismo; sólo una vez interrumpió su quehacer, para quemar en la llama de la vela, el cuernito que arrancó de su dedo del corazón.

¿En dónde están estas muchachas que se muerden las uñas enfrente de un muchacho al que apenas hace un momento conocieron?

Con el fuego de la flama se encogió la uña.

Ates estábamos en un error respecto de las flamas. No es exacto que éstas sean planas, como un puñalito de dos filos. Son redondas, de la forma de un paraguas sin abrir.

Ésta es una cosa que, a pesar de estudiar tanto, nunca supo Santa Teresa de Jesús.

¿E Inés? Pues ella fue, precisamente, la que hizo este descubrimiento, y, para cerciorarse, volteó el

candelero, primero para acá y luego para allá.

Finalmente, sus ojitos se quedaron flotando sobre el aire.

Esta tarde, cuando me vio llegar:

—Papá —dijo—. ¿este joven es un seminarista?

La tarde había sido limpiada escrupulosamente por la lluvia en la tierra, y por el viento en el cielo. La estrella de la tarde fue la última gota que rodó por las cuencas del crepúsculo. Ya un poco después, la luna, tras el ojo de agua, extendía su luz recién amanecida, y don Maurilio preguntaba:

—Inés, ¿por qué no cenas?

Pero ella estaba pensando en una golondrina que dio un tope contra un campanario y se quebró.

Sobre causas de títeres

A Octavio Ponzanelli

Ya, viejo, ya no estamos en edad de soñar sueños de niños, ni, acaso, nuestro estado civil es ya el más propio para esto de andarnos con Jesús por los rincones, y contándonoslo.

Porque es notorio, y todo el mundo empieza a darse cuenta que ya no somos niños, y murmura.

Y es justicia, pues es un hecho que no lo somos ya. Tú, desde hace ya casi dos meses, desde que te casaste. Yo, desde hace apenas un poco más de veinte años, desde muchísimo antes de que me casara.

Sin embargo, tú y yo aún seguimos siendo teóricos y líricos, y de sesos volátiles los dos. Tú, a pesar de tus dieciséis verdes diciembre. Yo a pesar de mis

cuarenta violadas primaveras.

Lo mismo que dos niños retardados, así somos tú y yo. Y esto es lo que nos junta, mejor dicho, lo que me unce a ti. Mira, antes que tú nacieras, en un tiempo apenas anterior a este hoy, cuando yo iba cumpliendo vente años, mis contemporáneos, haciendo como yo, también iban cumpliendo veinte años. Parece que fue ayer, lo recuerdo clarito, clarito como si lo estuviera viendo. Veníamos de subida, subiendo como tiernos árboles que se exhalan del mundo.

Y qué dichosos sueños soñábamos entonces. Pero a partir de entonces, aproximadamente desde entonces, mis contemporáneos empezaron a perder su espíritu infantil, empezaron a hacerse serios, a adquirir espíritu de responsabilidad, a subordinarse a las exigencias de la vida práctica, a trabajar, a negociar, a prosperar como personas serias.

Yo, en cambio, mal dotado, retrasado, inadaptable a un modo de vida cuyas realidades no logro percibir, continué siendo irresponsable, ciego, sordo y, sobre todo, tonto para la vida práctica. Y esto fue distanciándome de mis contemporáneos.

De mis amigos de entonces, fui perdiendo primero uno, luego otro, hasta que me quedé sin nadie, sin nadie. Y así, sin proponérmelo, sin analizarlo, sin notarlo siquiera todavía, por puro instinto me acogí a amigos inmediatamente más jóvenes que yo.

Más tarde, estos amigos, digo aquellos, a quienes llamaré de la segunda serie, fueron también creciendo, y, a su tiempo, llegaron, lo mismo que había llegado a los primeros, a la edad en que los hombres empiezan a tornarse serios, y me fueron dejando, y tuve que bajar a rodearme de una tercera serie.

Así ha ido sucediendo indefinidas veces.

Y ahora, me he hecho amigo tuyo, ahora te ha tocado a ti.

Y, no sé porqué, pero tengo esperanza que contigo no ha de pasarme igual que con los otros.

En mi esperanza existen, es posible, migajas de egoísmo; pero al mismo tiempo un poco he pensado en ti, olvidándome un tanto de mí mismo.

Es cierto, ciertamente, que el no apartarte de esa forma de existencia, te atraerá juicios en contra, menosprecios, incomprensión y escarnios; pero es la eficiencia íntima, el suceso insostenible de la sensibilidad, no la acomodación externa, lo que es valor. Para el alma, lo único cierto es lo que ella vive. Para el sujeto seco, que se ha objetivizado, todo resulta seco, y el destuetanado que ha extravertido su caudal, siempre estará mentando que esto es vanidad.

Una misma fue la mano con que se escriben el Cantar de los Cantares y el Eclesiastés. Una misma fue la mano que lo escribió. Advierte, no obstante, como se contraponen: "Manojito de mirra es para mí, mi amado.""Vanidad de vanidades y todo vanidad."

En el primer escrito está la vida, su desbordamiento proyectándose, entregando, encendiendo de "valor absoluto", una florida brizna. En el segundo, está el cansancio, la sequía, el aniquilamiento, consintiendo su astenismo y su no ser, en toda cosa.

No,"no tuerzas el cuello al cisne", tuérceselos más bien y no dejes de hacerlo si, por dicha, alguna vez se te presenta la ocasión, a Stalin, a Mussolini, a Hitler, a todo hombre y mujer, a todo tipo que fuere como tubo destapado de abajo, y a todo ente con entidad vacía; al que nació vacío o se vació después,

y, luego, no sabe ya llenarse, y todo el mundo quisiérase comer; mas le resulta en vano, pues del objeto inerte no puede ser corroborado el individuo, ni de la cosa el ser.

Es evidente, si dejaras de ser igual a un niño, si perdieras el poder de animar de diamantes, la corona de papeles con que juegas al rey, tampoco animarás ni proyectarás ningún valor sobre la corona de diamantes. Porque no es la estrella la que alumbra el ojo, sino la fuente de que ha manado el ojo la que nos da la estrella. Y si la ves arder, es porque en tu conciencia luce ardiente tu ojo. Y ten por cierto que si la sombra, cuando cierras tus ojos, no se puebla de soles y luceros, el sol te será noche, el lirio, arena, miseria en el polvo de oro, y todo vanidad.

Advierte que esta alma que tenemos es como el carbón, que por más que la pongas entre mayores focos, oscuro se verá, y sólo entrará en lumbre, si él mismo se hace llama y se da a arder.

Y dime, ¿qué es el Universo; la música, el color y los aromas, las caricias del gusto y las del tacto, y la espina y lo negro, y lo callado mismo, para una piedra?

Y, ¿no has tratado tú alguna vez, de conmover al perezoso o con sueño, que ni el sol naciendo, ni el rayo retumbando ni cosa alguna le abre la atención?

En cambio, al vigilante, ¿no le basta un murmullo, un fulgorcito tenue, un parpadeo del aire para vivir arderse y conmoverse?

Y al niño, al fresco y tierno que no ha hecho aún su gasto, ¿no le has visto atar a un hilo dos carretes, o tres, e irlos rodando, y obtener con un delgado hilo el ser del maquinista estremecido, en un gran tren que hace del mundo un soplo y una ráfaga?

Pues bien, yo soñé un sueño.

Recordarás cierto día, aquel que viniste a esta casa, y que luego salimos, y que en el camino encontramos un vendedor de títeres de barro, a quien compraste estos que todavía la última vez que fui a tu casa vi colgados de la lámpara del comedor. Te lo recuerdo, porque, según yo, aquel fue el estímulo de dónde arrancó este sueño que te digo que soñé.

Y fue, y ojalá y no lo entiendas, el siguiente:

Íbamos tú y tu servidor por unas calles. Entramos con sigilo a un estanquillo. Y tú, a la que lo atendía, le preguntaste si no vendía títeres. Ella dijo que sí, y trajo una rueda de donde pendían no menos de cien mil figuras. Los empezaste a ver y —¿A cómo son, señora —le preguntaste—, estos títeres? —Pues de éstos —contestó la vieja—, cien docenas le cuestan un centavo. —Oh, —le replicaste—, ¡cien docenas me cuestan un centavo! No los llevo, deben ser muy corrientes. ¿No tiene otros más finos? Porque , entiéndalo usted, yo no sé nada de títeres, ni de ninguna cosa. Para mí, todo es magnífico, de manera que, cuando compro una cosa, para saber si es buena o mala no tengo otra base, sino el precio a como la venden.

Muy mala me pareció su táctica. Y más, cuando vi a la estanquillera no contestarte nada. Y sólo entrarte y volver al cabo de un gran rato, con una rueda igual a la que había traído de primero; pero sólo con un títere, el cual puso a tu vista.

Nosotros, viendo el títere, advertimos que era en todo igual a los primeros, hasta tal punto que, tú mismo, tan cándido en cosas de negocios, llevándome a un rincón del estanquillo me dijiste: —¿Qué opinas tú de esto? Yo te apuesto a que si lo resolvemos, la misma vieja no va a poderlo separar de entre los otros. —Y luego nos tornamos a la vieja y, mi-

rándola con toda impasibilidad: —Y este títere que acaba de traer, le preguntamos sincrónicamente, ¿a cómo es? —Pues éste, contestó la vendedora, este sí es de veras fino, y cuesta, él solo, ocho cientos de pesos.

—¡Ocho cientos de pesos éste solo! Está muy bien, envuélvamelo para regalo; pero dígame: ¿por qué es tanta la diferencia?

—Oh, contestó la vieja—, porque este es finísimo, porque éste está perfectamente hecho. ¿Ve usted cómo, de los que traje primero, cada uno está colgado nada más de un solo hilo?, pues es que no saben hacer más que una sola cosa, bailar a saltitos, lo mismo que cualquier monito atado a un hilo; en tanto que este último tiene, él solo, tantos hilos, cuantos los otros todos juntos. Pues es que cada hilo es llave para hacerlo ejecutar una función distinta. Mire, tómelo usted en sus manos —y lo puso en tus manos, y te instó a que fueras comprobándolo. Y cuando, de entre sus innumerables hilos, llamaste a uno, al primero que se te ocurrió, el insignificante titerito aquel de mal cocido barro que, por su humilde y astroso aspecto, era en todo semejante a los de 1200 por centavo, mostró resueltamente su talento para actuar como diablo, entrando a fruncir el ceño y a cambiar los colores de sus ojos, de pardos en azules, de azules en verdosos, amarillos, cárdenos, violáceos, indefinidamente, sin repetirse nunca. En seguida llamaste a otro hilo, y empezó a apestar azufre y a arrojar humo por las orejas.

Ibas a llamar, más tarde, a otro hilo; pero la mujer, arrojándose convulsa sobre ti, toda espantada, te conjuró que no lo hicieras, que aquel hilo no fueras a tocarlo nunca, porque era el más terrible, el más

profundo, el más trascendental de cuantos hilos habían existido hasta hoy sobre la tierra. Que ya te había indicado cómo aquel diablo era de construcción acabadísima, y estaba tan esmeradamente hecho, que podría, sin el menor empacho, ejecutar la más osada y endiablada cosa, que jamás pudiera un diablo de verdad. Y que, por tanto, te advertía, te rogaba —ella que no había rogado nunca— que el hilo aquel no lo tocaras, pues si lo hacías, el diablo se volvería en tu contra y, como uno auténtico, con tanta realidad como podría el propio Lucifer, te arrancaría el alma y te conduciría al infierno.

Siguió un momento inane. Todos nos estuvimos quedos y callados, durante tres momentos: uno, el momento que era necesario para reponernos del susto y la sorpresa; dos, el momento que era necesario para volver a entrarnos adentro de nuestra conciencia, y tres, el momento que era necesario para pensar en lo que debería hacerse.

Y luego que nos repusimos, que entramos en nuestra conciencia y que meditamos en lo que debía hacerse, con inmanente calma, con ademán amable y trascendente —aunque no sin misterio—, le dijiste: —Señora, yo, en verdad, como le dije, deseo con toda el alma un títere de estos, pero uno que no sea diablo, uno que sea más bien, un ángel.

Y la mujer te vio con tal mirada, que era cual si hubiera leído, como en un libro abierto, en el cartapacio por de fuera invisible, de tus pensamientos, y, sonriente, comprensiva, maliciosa, benigna, misteriosa, sin espacio ni prisa, entróse dentro y tornó a no mucho, con otra rueda en la cual estaba suspendido el títere que habías solicitado. Y lo puso a tu alcance, y tú sacaste cuentas, comparaste los hilos, y cuando creíste dar con el correspondiente a aquel

del diablo que no osaste llamar, llamaste a él. Y he aquí, el angelito hizo ademán de posarse sobre el piso, con movimiento que hacía creer a los espectadores, que venía, no de la trastienda, sino del firmamento. Y una vez posado, con angelical mesura, blanda y celestemente se inclinó ante ti y te dijo que, por orden de la superioridad, venía a hacerte sabedor de que en la Quinta Delegación del celestial Distrito, se había presentado, en contra tuya, acusación de ser persona soñadora y poco seria, nada apropiada para este mundo, y que, en tal virtud, se le había confiado la misión de conducirte vivo o muerto, y por las buenas o de una oreja, a un lugar más propio para tu condición romántica.

Válgame Dios, y cuán penosa y larga, mas cuán encantadora era la senda por do íbamos. Era en subida y llana, sin ninguna aspereza, antes pulida, tersa, y sólida como un espejo. Hierbas, no se veían, tampoco troncos, ni céspedes, ni rosas. Sólo profundidad y estrellas se ofrecían como suelo a nuestros pasos, y cada paso había que darlo con honda precaución, pues el peligro de resbalar sin caer, patinando de pie, hacia atrás y para abajo, era infinito . . .

. . . Ya, viejo, ya no estamos en edad de soñar sueños de niños, ni, acaso, nuestro estado es ya el más propio para esto de andárnoslo contando. Porque no somos niños ya. Tú , desde hace ya casi dos meses, desde que te casaste. Yo, desde hace apenas un poco más de veinte años, desde muchísimo antes de que me casara.

Pero ¿qué quieres? se duerme uno, se duerme, y suelta sus controles, se le evaden sus pitas, las riendas de su imaginación se independizan, y entonces sueña uno, sueña, y a veces sueña lo que no se es-

pera, a veces, lo que no debiera, y, a veces, ay, a veces, hasta lo que no quisiera . . .

Ya, viejo, ya muy cierto es que no estamos en edad de soñar sueños de niños; pero estamos en ello, tan lejos como cerca de nosotros, vamos por la pendiente resbalosa y luciente de los sueños, y el peligro de resbalar sin caer, patinando de pie, hacia atrás, sin objeto a do asirse y para abajo, es infinito . . .

Unos cuantos tomates en una repisita

De una fecha ya ida para siempre hace ya mucho, o sea, de un remoto tiempo que nunca ha de volver, en virtud de que no la acabaron, una de las ventanas de la pared de enfrente quedó sin terminar. Y así, sin terminar ha ido quedando, y por lo que parece, todavía va a seguir a sí por tiempo indefinido, pues al actual propietario de la vecindad no se le notan trazas de que se le espante el sueño, ni de que haya esperanza de que se le espante, pensando en terminarla.

Lo digo, no por nada, que yo soy el primero en comprenderle, y uno de los que con mayor sinceridad le desea buenas noches todas las tardes, cunado torna a su casa, al oscurecer el día. Pues no soy rencoroso y sé, además, perfectamente, que para ahora resultaría ya tan fuera de coyuntura tal idea, que la encuentro, inclusive, hasta ridícula, y creo que juzgaría con lástima a aquel que llegara a perder el sueño por una causa así. Porque, si bien es cierto que sólo con mirar lo que se mira desde el patio, ya es más que suficiente para que hasta la más despreocupada de las almas entre y se sumerja en todo un mar de

pensamientos terminantes y de finalización, no lo es menos que no hace falta alguna que el señor licenciado se prive de sueño, ya que *motu propio* sin necesidad de que nadie se desvele, no sólo la ventana, pero la vecindad entera está acabándose. Contemplarla, y empezar a entrar de lleno, sin remedio, en la desconsoladora consideración de que el natural destino de las cosas es concluir y acabarse, son una misma cosa.

No vi nunca paredes más ruinosas, pilares más comidos, techos más combos, ni pisos más desechos. Vieja, lo que se dice vieja, vieja como ninguna otra cosa es esta casa, tanto, que es la tradición del barrio la elevan a contemporánea de Iturrigaray, el virrey. Y lo más grave, es que aseguran, que desde tan remotos tiempos no ha venido a pasarle un albañil ni por el pensamiento. Cosa no hay aquí, ni porción de cosa, que no sea de Damocles; canteras, vigas, ladrillos, etc., día y noche están suspensos, detenidos en semejantes hebrecitas de cabello, que yo tengo a milagro el que la lluvia de caliches, con ser tan pertinaz, no haya tenido, hasta la fecha, otras consecuencias que proporcionar ocupación a la sirvienta que aquí barre, quebrantar varios trastes y reformar, en quién sabe qué artes, la nariz de uno de los gallos de la portera.

El más elemental instinto debería bastar para ponernos sobre aviso, para hacer que cayésemos en cuenta y palpásemos, como con nuestras propias manos, la inseguridad en que bajo estos techos se encuentran nuestras vidas. No cabe ni la más mínima duda, en realidad, para librarnos de la muerte, no nos quedan sino dos caminos: rogar a la divina Providencia que nos tenga en sus manos, o mudarnos de casa. Y no se me venga a mí con que existen

dificultades prácticas o argumentos teóricos que pudieran oponerse a la ejecución de las acciones en que consisten estos dos remedios. Por lo que ve al primero, Dios está en todas partes, todo lo ve y todo lo oye, y, por lo que al segundo, un viaje de camión vale nada más tres pesos, corriendo por cuenta de los camioneros el trabajo y los desperfectos que los cachivaches sufran durante la mudanza. Con todo, yo no sé qué particular virtud tiene esta dichosa finca, el caso es que le sobran inquilinos; cuanto sujeto viene, querría vivir aquí, y aún no sé de alguien que haya desocupado una vivienda por su gusto. Tal vez —y ésta es idea de última hora— para explicarlo, pueda aducirse la particularísima idiosincrasia del pueblo mexicano, de cuyos ciudadanos se cuenta que su diversión favorita son las balaceras, y que todo buen mexicano, en los tiempos de paz languidece y pierde la alegría.

En el rumor —así suele pasar con todo cuanto va de boca en boca— puede que haya algo de exageración; pero, pues el río suena, no debe ser sin causa, su agua ha de llevar. A mí se me figura, que lo cierto es que, mirando bien las cosas, sin que sea dejarse arrastrar por la pasión del nacionalismo, bien puede asegurarse que no somos gallinas, y que en cualquier terreno podría presentarse como documento harto fehaciente, la intrepidez de los vecinos de esta casa. Y todavía pueden presentarse otros mayores, porque parece ser que, con el favor de Dios, nuestro heroísmo de ahora va a ser sobrepasado por las generaciones venideras. Por ejemplo, no es cosa que pueda dejar de ser contada, el espíritu que el día del terremoto demostró este chiquillo de la vivienda cuarta, contando de los lavaderos para acá. Yo no creo, ni siquiera posible; pero aseguran que en lugar

de asustarse, brincaba y corría lleno de júbilo gritando: que no se acabe, que no se acabe. ¡Que viva México! Lo que él no quería ver acabado era el terremoto. Y la verdad es que, con mexicanitos de éstos, podemos ir muy lejos.

Pero ah, qué cierto es lo que dicen, que dondequiera se cuecen habas. Cerca, nada menos que de este niño excelso, de este Cuauhtemoccito imponderable, a la puerta que sigue de la de su vivienda, vive uno que se le parece tanto, como la Tierra al Sol, uno llamado Serenín Urtusástegui, cuyos espantadizos ojos, están bastante lejos de poder servir de explicación al morar de su dueño en esta casa. También éste, según pensamos todos, no se encuentra distante de llegar a ser medio famoso, y de hecho, ya se le dedican largos ratos de conversación en los corrillos de vecinos y en las asambleas de viejas. Nada más que su nombre va parándose sobre hechos bien distintos, y de ellos, el primero y principal, es que una mañana, yendo a salir de una casa adonde se había metido en busca de unos amigos suyos, se encontró con que un burro pequeño, hijo de una burra de un repartidor de alfalfa, se había instalado en el cubo del zaguán, y en aquel trance, Serenín no encontró en todo su pecho, corazón suficiente para atreverse a pasar cerca del burro, o espantarlo, y se quedó allá, temblando, adentro, y no salió sino hasta cuando se le ocurrió llamar a otro de sus amigos por teléfono, que, por amor de Dios, viniera y le ayudara a espantarlo.

Y no se crea que Serenín tiene su cuarto próximo a la entrada, de manera que, en caso de emergencia, le fuera dable salir corriendo y alcanzar a llegar a buen tiempo a la calle. No, sino que para llegar a él, necesita adentrarse en treinta metros de zaguán,

en seguida, atravesar de lado a lado un patio tal, que para poder reconocer al individuo, situado al otro extremo, es necesario violentar los ojos; después hay que emprender la ascensión de una escalera, a cuyos pies, hasta los gatos se persignan para subir bien. Mi palabra de honor que es cosa seria. Ah, y ahora recuerdo cuánto me divierten los ejemplos que hallo aquí de lo universal y extenso que es en el reino de la vida el instinto de conservación. Lo de los gatos no me cuesta mucho trabajo comprenderlo; pero, lo que si me llena de asombro y maravilla, es verlo patente aun en las hierbecitas, y observar la extremadísima cautela con que se trepan por esta escala las enredaderas, y que no ajustan ni con mil y más de sus delitos ensortijados para apegarse y tentalear, y el gozo con que llegan por fin a la azotea. No parece sino que se abren de júbilo y revientan con verdes agradecimientos al Señor, por haberlas sacado con bien del riesgosísimo paso en que venían. Y al fin, le es preciso entrar por un pasillo semejante a la cara de la muerte, temeroso y oscuro, que no tengo palabras para encarecerlo.

Y en este pasillo, a la derecha mano, queda la puerta de su estancia, mejor dicho, buharda, la cual es nada más así, como se ve al entrar, sin nada extraordinario. (Sin nada extraordinario, siempre y cuando se pierda la noción de lo que, relativamente a lo demás, podría en esta casa ser llamado extraordinario.) La puerta por que se entra, da las cejas en su mayor altura, es casi cuadrada, con todo y no ser ancha, y le da por gemir de que la abran, como si tuviera reumas, anquilosis, o como si le dolieran, al rompérsele, los hilos de sus telarañas. Y otro tanto al cerrarla.

Ya una vez dentro, Serenín se siente uno de aquellos caballeros que en los cuentos se han visto atravesar bosques en llamas, desiertos de espadas, lagos de dragones, cerros de“irás y no volverás”.

Y, en efecto, no se les diferencia, sino en el miedo que él sí tiene y que ellos no tenían.

Y suma y sigue, y pues es la ley que la parte participe de la naturaleza del todo, y pues la pieza que habita Serenín es una parte de la vecindad, también aquí su vida se encuentra como globo de hule entre alfileres, y hay que medir los pasos, y que estar vigilante, y no dejar vagos lo ojos, desatento el oído, ni las manos guardadas; pues piso y techo y muros de este cuarto están enemistados con el ser, más que los médicos.

Al entrar, Serenín tienta las duelas antes de cada paso, y cada vez que afirma un pie, da una vuelta al cuello y vuelve al techo el rostro a examinar las vigas con los ojos.

El piso, más que piso, es costillar de vigas directamente expuestas a la vista, es esqueleto casi mondo de su piel de pavimento, y su aspecto es semejante al de un puente de ferrocarril, sobre el que, del tren del tiempo, acarreador de ruinas, hubiéranse caído unos escombros.

Allá, al fondo, está la cama arrinconada, atada con alambres su cabecera a unas alcayatas que entran en la pared, en previsión de que no ruede y de que sus patas no vayan a enterrarse hasta la ingle en algunos de sus innumerables puntos falsos, o en cualquiera de los agujeros ya del todo y descaradamente manifiestos.

Las mesas y las sillas se encuentran colocadas en los sitios más sorprendentes, que colocarlos al gusto

no es posible, y es que aquello es todo un rompecabezas, y el que quitara algún objeto, y enseguida olvidara la acomodación exacta que por fuerza le corresponde, se vería en un apuro para volverlo a asentar.

El primer día, el día en que Serenín alquiló el cuarto, desde que tomó posesión de él y se dio a acomodar sus muebles, empezó el sufrimiento, días enteros los pasó buscando el sitio e que cada cosa pudiera estarse. Sólo después de mucho fue encontrando los sitios en que es posible la acomodación.

Ya ahora, ya tiene aquí algún tiempo y todo camina aproximadamente bien.

Lo último que le fue preciso hacer, consistió en edificar techuelos, con que quedar protegido de los proyectiles que de tiempo en tiempo caen del techo, al menos los lugares en que hay que permanecer con cierta continuidad. Tales lugares son: el de la mesa de escribir y leer, el de la cama, el del restirador donde dibuja y el cercano a la ventana. De manera que, en cada uno, se ven edificaciones de un tipo nunca visto, y que a lo que más se aproximan es a esos techos extensos sobre un palo, con que protegen del sol, sus puestos, los vendedores indígenas, unos a modo de paraguas rectangulares, y de ellos, tres están sostenidos por un solo palo, y uno, el de la cama, sobre dos.

A alguno de estos refugios corre siempre Serenín, y ahí —qué bonito es ver llover y no mojarse— se está durante todo el tiempo que permanece dentro de su cuarto, y hasta la fecha en que va esta descripción, ha logrado escapar aproximadamente a salvo, aproximadamente digo, porque leves terronazos, tropiezos sin consecuencias y otras pequeñeces, no han faltado.

El que haya leído con alguna atención las precedentes líneas, tal vez habrá empezado a sentir en su cabeza un vago desconcierto, un desconcierto vago, o bien, una ya claramente definida agitación, un movimiento ante la idea de un choque silogístico entre estos dos trenes dialécticos que van en encontradas direcciones; por un lado, el tren de las palabras en que ha ido escurriendo la manera de ser de Serenín, y por otro, el tren que ha ido aportando las características de la vecindad.

En todo buen concierto, en todo buen discurso, en toda buena máquina, todos los movimientos deben ser caminantes en un solo sentido, y todas las tendencias, entenderse muy bien, e ir, como de la mano, hacia un solo objetivo, hacia una sola meta. Pero aquí hemos venido hablando de una vecindad que es tal y como una bomba con la mecha encendida. La llamita del tiempo va corriendo, corriendo; va corriendo sobre el hilo de la mecha hacia la bomba. Ahora sólo saltan chispas diminutas. Caen sobre los sombreros, sobre los vestidos, sobre los cabellos y sobre otras partes, arenas pequeñitas, migajas de vigas, pedrezuelas. Los daños que por ahora se producen, es dable remediarles fácilmente. Si el daño en las ropas, basta un cepillo suave, si es en los pisos, una escoba delgada, y si en los caldos, un cedazuelo fino. Hay momentos en que la llama toca un grumo de pólvora un poco más gordo, tiene entonces efecto una combustión un poco más crecida, y el ladrillo que cae, la puerta que se desguarnece, desazonan un gato, aniquilan la estética de un perfil de gallo, hacen estornudar un loro, sobresaltan un pez. A continuación la llama se reduce, y las chispas que lanza vuelven a adquirir su calibre de normalidad, y otras pequeñas briznas se despren-

den. Luego llega a otro pequeño grumo y así sigue y sigue, sin que se produzca efecto de importancia; pero un día debe venir, irremediablemente, en que la llama alcance, al fin, el corazón interno de la mina, y entonces tendrá lugar la explosión definitiva, y la vecindad entera, con todo cuanto tiene dentro: objetos, perros, peces, pájaros, vegetación y gente, se hará un montón de escombros.

Éste es un tren, éste es el sentido en que camina el uno de los trenes.

Y aquí hemos también hablado de un muchacho pusilánime, atemorizado en sumo grado, y tímido como un sistema nervioso, como un árbol de eléctricas antenas expuesto a la intemperie, de un muchachuelo que todo se recoge a la más insignificante variación, que todo se repliega, que tiembla y que palpita y no osa disputar el campo ni tan siquiera a un pollino todavía no salido de la edad de la lactancia, ni tan siquiera a sostener la mirada de una mariposa, si se para frente a él y se queda mirándolo de frente.

¿Cómo es, pues, posible, que en el campo de nuestras representaciones interiores deje de tener lugar un vago desconcierto, un desconcierto vago, o bien, un movimiento nacido ante la idea de una catástrofe inminente, ante la idea de un choque entre estos dos trenes que van en encontradas direcciones; por un lado el tren de las palabras en que ha ido escurriendo la manera de ser de Serenín, y por otro lado, el tren que ha ido aportando las características, la situación actual, el estado de castillo de naipes y de espada de Damocles de la vecindad?

Oh, sí, no cabe duda alguna, aquí se ha planteado una contradicción, y el que quiera entender cómo se explica y cómo puede conciliarse el hecho de que

Serenín, siendo así como es, se aloje, desayune, coma, cene, vigile y duerma en este alojamiento que está así como está, lea —y si no quiere hacer más, con ello le bastará— únicamente la primera línea de escritura del capítulo siguiente.

Serenín se encuentra enamorado.

Claridad, congruencia, orden, entendimiento bueno, concertación, realismo, verosimilitud y, en suma, todo cuanto veníamos persiguiendo, echando tan de menos, se ha logrado de golpe. Ya el relato, antes siniestro y zurdo, con sólo la declaración de unas palabras, se ha parado derecho. Ya ahora, el Serenín del cuento, adentro de esta casa, no es a nuestros ojos un desbarajuste, no se nos presenta ni nos da la impresión de un gato que surcara unas linfas entre cisnes, un charro en bicicleta, o un diablo enjabonándose los cuernos con agua bendita. Y no hemos dicho mucho, solamente hemos dicho que Serenín se encuentra enamorado.

Amor, amor. Tenía que ser Amor. A Amor teníamos que encontrar tras este juego. Así fue en un principio, así en los tiempos medios, así es en lo presente y así será en lo porvenir. Tras de la cruz, el diablo, y tras el desconcierto y la confusión, siempre Cupido. ¿Quién otro podría ser, quién otro, sino este tal por cual maleante, enredador, honda de judas? ¿Quién otro parte de éste ha sido, hasta la fecha, el más socorrido responsable de tanto absurdo caso e inextricable asunto? Dondequiera, en efecto, que hay algo con los pies para arriba, ahí está éste, éste que de un cobarde, hace un valiente, de un audaz, un tímido, de un inteligente, un tonto, de un tonto, un Machiavelo se-

gundo, de un diligente, un tardo, de un tardo, un empresario, y de un pie de tortuga, un tren de flechas. Y más y menos, según lo que no piense, lo que menos se espere, lo que más se dispare, y lo que más por mago, ininteligible e incompaginable, nos desbarate el juicio y nos sorprenda más.

Amor, Amor . . .

De la docta sor Juana, sin que sepa por dónde, han llegado en volandas a mi mente, y pugnan por salir a la punta de mi pluma, las siguientes palabras:

No sé si me contradigo
en este confuso error;
mas el que tuviere amor,
entenderá lo que digo.

Y vienen muy mal al caso. Quieren decir que las cosas del mundo del amor no pueden ser miradas con ojos de sensato, que es necesario verlas a lo loco, que es preciso estar enamorado para comprenderlas, que hablar de enamoramientos a los que están dentro en su juicio, es hablarles en griego.

Y este muchacho puede estar descolorido puede ser polo de brújula cargado de electricidad de signo igual a la de la vecindad, que, por tanto, debería ser repelido, pero otra fuerza, interviniendo, ha venido a hacer burla de las leyes que gobiernan los fluidos eléctricos y a hacer que se produzcan fenómenos desconcertantes, cosas locas, a hacer de Serenín una brújula loca, cuya carga de signo negativo busca, contra toda lógica, la corriente, también de signo negativo, de la vecindad.

Sí, de ello es un absurdo, una confusión, una cosa de encanto, en un confuso error, en cuyo cuento,“ya

sé que me contradigo; mas el que tuviere amor, entenderá lo que digo". Y este muchacho está, como se ha dicho, sin color y temeroso e inquieto; pero no se va, y no se va, porque, permítaseme la expresión: amor lo tiene atado con su cadena de flores.

Otra pequeña aclaración, con mis excusas. Un servidor se halló presente a una discusión que hace mucho al caso, sostenida entre vecinos enterados del hecho de que estamos ocupándonos, y que nació porque uno de ellos, haciendo alarde de una tan ladina y graciosa, como ociosa malicia, propuso que cómo es que si las cadenas del amor son de flores, y si las flores son frágiles y basta un ligero tirón para romperlas, ¿Cómo es que no hay hombre que pueda, por su esfuerzo, libertarse de ellas?

Por cierto que, aunque se dieron contestaciones bastante ingeniosas, a mí ninguna llegó a satisfacerme, sino sólo una mía que mantuve en el puro pensamiento, sin dejarla llegar a los linderos de los dientes, por parecerme que no la tomarían en cuenta entonces. Y ya que ahora encaja como anillo al dedo, me aprovecho de la coyuntura para declararla. Y consiste, en que, yo he visto toros verdaderos y fuertes como tales, atados a un deleznable mecatito, estarse quietos y seguir con humildad al que los hala, sin tratar jamás de burlar su ligadura, no obstante que, como ya se ha dicho, ni el mecate era fuerte ni los toros débiles. Esto hecho se explica, diciendo que lo que pasa aquí, es que la gente de campo tiene el don de hacer las cosas con un talento de que en general carecemos los de la ciudad, de modo que, sabiendo lo muy delicada que es la nariz del toro, de esta parte es de donde lo sujetan, con lo cual se consigue que, si el animal hace fuerzas con objeto de independizarse, le duele la nariz.

Y esto, o algo más o menos del jaez de esto, es lo que sucede, según yo, con lo del amor, por lo que se refiere a las cadenas con que nos amarra. Éstas serán de flores frágiles; pero no las prende, ay, del corazón, que ya podrá advertirse si es parte doliente y delicada, que aun una mirada lo lastima y lo postra con dolencia que muchas veces no alcanza a sanarse ni con el tiempo de toda una vida.

Y Serenín está así atado. Y no osa moverse, y no puede apartarse con su cuerpo, ni vagar con su alma. Las lejanías del Norte, las distancias del Sur, los horizontes hondos del Poniente, los misterios del legendario Oriente, los caminos tortuosos, las veredas, y toda translación le está vedada, y no se cura su aflicción, su sed de trashumante, en otras lejanías que las que ofrecen unos distantes ojos. . .

Pobrecito muchacho, anoche fue con el doctor, y el doctor le dijo que se acueste temprano, que se alimente bien. Tenía que ser doctor. Como si las hojas de los puñales amorosos fueran de narcótica lechuga, y su cáliz, copa en que se contiene aperitivo. Apenas si consigue, a fuerza de contar del uno al mil, del mil al dos, del dos al tres y cuatro, y mil por mil, hilo por hilo de unas pestañas negras e incontables, pegar sus tristes ojos.

Para acabarla de arruinar, los tiempos están malos, las cosas están caras, el gobierno paga las quincenas con retraso, descuenta de los sueldos la contribución del *Income Tax,* quita un tanto por ciento para formar el presupuesto del Partido Nacional Revolucionario, otro tanto para la Dirección de Pensiones Civiles de Retiro, y ahora, como si no fuera ya bastante, anda por ahí el rumor de que van a descontar, todavía, un diez por ciento del total del sueldo para evitar un déficit de no sé cuántos mi-

llones en el presupuesto.

Ya no tienen zapatos, porque, aunque no gasta mucho en sí mismo, tiene en su tierra unas hermanitas que no cuentan con otro amparo que el suyo.

Ah, qué casualidad. Hablando del rey de Roma, y él, que asoma.

Cada día pasa poco más o menos a esta misma hora. Inmediatamente que sale de la oficina se viene acá a su casa. Trae bastón, esta costumbre es casi seguro que la heredó. Pues no viste con elegancia y, por lo que se ve, no es amante del lujo e, indudablemente, Serenín no usa su bastón con idea igual a la que impele a los fifís a que lo usen, sino simplemente porque le agrada traerlo. Es el suyo un bastón delgado, remata en cayado y, el cayado, en cabeza de perro. Un día, por andar con sus prisas, perdió uno anterior a éste, luego lo sustituyó con éste y, quién sabe si también lo pierda.

A veces se le olvida la corbata, y vuelve corriendo; pero, ya en su casa, se queda perplejo, sin atinar a qué es lo que volvió. Entonces es cuando en la oficina le advierten que no debe llegar tarde. Él finge querer que la tierra se lo trague, al jefe le cae en gracia y todo queda arreglado.

—A mí se me hace que está usted enamorado —le dice la taquígrafa en broma.

—Enamorarme yo —contesta él muy serio.

En cierto modo, su apariencia da lástima. Es uno de esos tipos que se ven débiles; pero que, a la hora de la hora, cuando se ofrece trasladar un mueble, descorrer un pestillo demasiado apretado, destornillar una llave de agua, u otras cosas de violencia física, quienes lo ven, le dicen: Carancho, no imaginaba yo que estuviera usted tan fuerte. Y de quienes se juraría que no entienden de cosas hon-

das, hasta que, de repente, aparece en las librerías un tratado de Metafísica, o una novela cautivadora por sus acertadas y profundas aseveraciones, bajo el rubro de su nombre.

Serenín no ha escrito nunca nada, ni, que se sepa, ha tenido oportunidad de levantar pianos ante alguien; pero el día que se le ofrezca, si quiere, puede hacerlo, especialmente lo de la novela.

Se sabe que las señoritas Urtusástegui, al leer las cartas que él les escribe, sueltan de pronto la risa o se ponen a llorar, según de lo que se trate, y eso, que están escritas sin pretensiones, en términos sencillos, hasta el punto en que no se podría decir cuál es el secreto del que él se vale para conmoverlas.

No puede decirse que sea muy estudioso, en el sentido que dan a esta palabra de estudiar, los universitarios. Su semblante es el de un distraído, el de un bobalicón, el de uno que no se da cuenta de nada. No obstante, en la noche, desde que apaga la luz para dormirse, se le va presentando todo lo del día, con algún desorden; pero con mucha claridad y precisión, como si estuviera volviendo a suceder.

Serenín viene corriendo, corriendo como de costumbre, naturalmente no con carrera desatada, sino que así como es válido decir de uno que va corriendo muy de prisa, que va volando, así me creo yo autorizado a decir que éste que viene andando muy de prisa, que viene corriendo. Se ve claro que le urge volver a su cuarto, más bien dicho, de verdad le urge, siempre le urge. Adonde quiera que vaya, va como la gente, ni aprisa ni despacio, regular. Las carreras son al volver. El bastoncito apenas toca el suelo, el saco ondea, se agita, tomado por el aire, quiere quedarse atrás.

Desde que entra en su cuarto, lo primero que hace

es echar una ojeada revisora; no vaya a ser el diablo, y tras todas las infinitas precauciones de que se ha hecho mención y acerca de las cuales ya no hay para qué insistir, Serenín cierra la puerta, que, por baja y por dar a un pasillo oscuro, aun estando abierta, deja la estancia tenebrosa; sólo en la mañana el sol naciente, colando un haz de sus rayos, coloca en la pared un óvalo un poco menos grande que un huevo, y sirve de candil. Después, a medida que va volteando la tierra, el óvalo baja al suelo y decrece, decrece, hasta desaparecer.

En lo demás del día, cuesta mucho trabajo leer o encontrar las cosas que se caen al suelo. Por otra parte, abriendo la ventana, se establece un tránsito de aire y, como de pequeño le dio la pulmonía a Serenín, porque a su padre le gustaba desnudarlo y echarlo al patio siempre que llovía, ahora, por temor a una recaída se cuida muchísimo Y hace bien, de una recaída es raro el que se escapa Por esto es por lo que cierra la puerta antes de nada. Es decir, no por cerrar la puerta, sino por poder, luego, abrir la ventana sin que se establezca tránsito de aire. En seguida, se unta mentolato en las ventanas de la nariz y atrás de los oídos y, finalmente, se asegura de la solidez de una silla que junto a la ventana está, se sienta en ella y se pone a mirar.

Mirar no es como ver. Ver, es dejar que la luz obre sobre el dispositivo de los ojos. El que abre los ojos, el que no se los tapa, ése es el que ve. Mirar, en cambio, es entregarse por medio del sentido de los ojos, es polarizar las potencias del ser hacia el objeto que capturan los ojos. Aquel que abre los ojos, y condensa, además, sobre las obras que la luz obra en sus

ojos, su presencia, ése es el que mira.

Ahora bien, frontero a la ventana, visible desde dentro de la pieza, ofreciéndose a través de la ventana, callado y vertical, se alza un muro; el muro es alto, pardo y liso, y está constelado de ventanas. Nunca ha sido encalado. Sus ladrillos desnudos han ido recibiendo, al directo, las mudanzas del tiempo y de los elementos. Las horas y deshoras, los días y las noches, las primaveras, los veranos, los otoños, los inviernos, con sus vientos, sus ardores, sus lluvias y sus fríos, lo han ido impregnando con no se sabe qué, sino que es la sustancia pasivísima, que a fuerza de filtrarse, los años han soltado de las delgadas ondas de sus aguas perpetuas y calladas.

Abajo, a los pies del muro callado y vertical, se hace el ángulo, de donde el piso asenderado del patio parte hacia acá, hasta venir, aparentemente, a chocar con la línea horizontal inferior de la ventana. En el extremo alto linda con el mudable cielo y, a los lados, lo cortan las dos perpendiculares, movibles con el observador, de acuerdo con las conocidas leyes de coordenadas de la perspectiva.

No tiene, pues, Serenín, que hacer otra cosa que cabecear, para lograr que el muro entero se desplace, como un cartón pintado que penduleara detrás de un agujero.

Mirar no es como ver. Mirar es entregar el alma al objeto que capturan los ojos. Es algo más que ver, es ver con sed. En el mirar de Serenín, que ya se ha dicho, se ve esta sed sorber, querer beber algo a este muro, y en su expresión se nota, cierta, esa demanda interna, profunda y fervorosa que muestran los que oran en silencio.

La tarde va cayendo. Una a modo de esa niebla que se logra con entrecerrar los párpados, va ca-

yendo de arriba y empezando a enturbiar el vidrio melancólico del aire; un poco de ese a modo de sutilísimo polvo oscuro, al cual llamamos sombra, va cayendo del cielo, y un poco de ése, ya no a modo de polvo, sino genuino polvo —y aun pequeñas piedras— va cayendo, intermitentemente de los techos, y como en toda la vecindad (cual ya se ha encarecido tanto) no hay cosa alguna sólida, y como la parte participa siempre de la naturaleza del todo, y como los puntos del piso en que las patas de la silla de Serenín se asientan, forman parte de la vecindad, resulta que lo mismo que la tarde, el silencio, la sombra y lo demás, Serenín también se está cayendo. Si se hurtara un poquito a la izquierda, si, tan sólo llegara a ocurrírsele descruzar su pierna derecha y cambiarla a encima de su izquierda, ay, yo estoy a punto de soltar el trapo de la risa, sólo con la representación que me hago de la cara que haría Serenín tras el trastazo. Pero no, en realidad no hay riesgo; es cierto que la pata trasera del lado derecho de la silla tiene asentado, en relativamente firme a lo más un diez por ciento de la superficie que es su base inferior; mas el joven ni siquiera parpadea, se ha ido y no está aquí, todo su cuerpo y su alma están clavados, con sus ojos, por cima de un nopalillo que entre musgos y quelites silvestres, va naciendo al borde de la ventana de que, precisamente en el párrafo primero de esta historia, se ha hecho mención diciendo: "De una fecha ya ida para siempre hace ya mucho, o sea, de un remoto tiempo que nunca ha de volver, en virtud de que no la acabaron, una de las ventanas de la pared de enfrente quedó sin terminar . ." etc.

Ya, al describir el muro, se anotó, que no es esta la única que hay. Ahora bien; todas las demás que hay

en el muro, cuentan con todo aquello con que debe, en lo esencial, contar con una ventana. Todas ellas han sido, al menos en memoria, cabalmente enmarcadas. A todas ellas hay quien trate, más o menos, de disimularles la ruina de sus años. Manos, en mayor o menor medida cuidadosas, curan de rasurarles los quelites y zacates que espontáneamente aparecen por ahí de tiempo en tiempo, de colocar tiestecillos de flores, jaulas con pájaros o destechadas periqueras, de remendar los hoyos que se hacen demasiado cerca, de repintar algunas veces las maderas, de acomodar visillos tras los vidrios o de colgar cortinas; mas en ninguna de estas peripuestas, casi enteras, florecientes, para jamás los ojos suyos Serenín, sino sólo en la última de arriba, la inacabada y sórdida que no consiste en más que el vano.

Yo estimo que, al menos de paso, debo referirme aquí a un problema relativo a lo que en este espacio se ha ido transcribiendo. Todas las ventanas del muro, repito, cuentan con todo aquello con que debe, en lo esencial, contar una ventan, merecen, sin reparo, ser llamadas ventanas; pero la inope y no completa en que posa con vigilante ensueño sus ojos Serenín, carente de vidrieras, de marco y de cortinas, que no consiste, en fin, sino en el vano, ¿podrá, con propiedad, ser llamada ventana? ¿No sería más propio llamarla, simplemente, agujero?

No he sido yo el único ni el primero que lo piensa. Y hasta debo decir más; la opinión reinante aquí, ha sido en este sentido. Y todavía hoy, más de cuatro vecinos, impíamente, sin haberse puesto siquiera a discutirlo, la llaman agujero. Serenín se ve cohibido y se entristece siempre que oye tratar el punto. Y él propio, aunque con pena, durante cierto tiempo reconoció que sí, y que efectivamente no al-

canzaba a ser una ventana. Y cuando lo oía decir, en parte por decoro y discreción, y en parte porque no encontraba objeciones serias que oponer, se callaba. Y así estaban las cosas, y así hubieran seguido, a no ser porque una tarde en que hacía mucho calor, estando Serenín en compañía de un compañero suyo muy despierto, estudioso e ilustrado, a un golpe de viento se abrió la ventana del cuarto en que se encontraban. Y el compañero que, al parecer, pensaba en el problema, de pronto, sin antecedente alguno, como si Serenín fuera adivino y estuviera en lo que él iba pensando, dijo: —Ah, ya caigo. —¿En qué?, le preguntó sorprendido Serenín. Pues en eso, contestó el compañero, apuntando con la frente todavía arrugada por la meditación hacia donde convenía, en que eso, a pesar de que, como cualquier ventana, es un agujero; y no obstante todo cuanto hasta aquí se ha dicho, sí es ventana y puede, con el más perfecto derecho, ser llamada ventana. Es tan ventana, que ya quisieran otras muchas serlo tanto. Vea usted, hace un momento, sentía yo un gran calor, hasta el extremo que ya estaba pensando en quitarme el saco; pero en esto llegó inopinadamente un golpe de viento y abrió, inopinadamente, esta ventana. Inmediatamente empecé a sentirme aliviado de calor. Y esto me hizo recapacitar en mis adentros: Ventana, sí, para que entre el viento. Eso es, de viento, de ahí vienen ventana, lo mismo que ventilador y que ventila, no de enmarcado, no de vidriera o de postigo, ni de cortinita azul. Tales aditamentos más bien son un estorbo para la ventilación, pues a una ventana, poniéndole vidrieras, colgándole cortinas, más que enventanecerla, se la desventaniza, se le merma su función, se le impide su objeto, se la aparta de su significa-

ción etimológica. Serenín no dijo nada, sólo sintió que con su discurso, su compañero le inyectaba luz y le quitaba un gran peso de encima. Por cierto que a este sujeto lo mandaron más tarde a Pennsylvania, pensionado, a estudiar filología. Qué milagro, en esto sí se hizo justicia, no como cuando mandaron a aquellos estudiantes al Japón, y dio por resultado que la universidad de aquí fue demandada, pues sus enviados, a la sombra de ella se echaron allá miles de drogas.

Serenín escribe de tarde en tarde a Pennsylvania, y renueva en cada carta las expresiones de su agradecimiento:"No hay como el talento, escribe, gracias a usted, ya no hay quien se atreva a llamar agujero a nuestra querida ventanita. De hoy en más se usará este nombre en cada caso semejante. Así resultará una prosa más castiza, y se evitará, de paso, la confusión de que no se sepa si se trata de un tubo de guardar agujas. Últimamente se me ha ocurrido una nueva razón. No cabe duda de que, de que Dios da, da a manos llenas, sólo que, como esta razón, se presta para ciertas burlas, me callo."

Qué distancias, qué alejados caminos, con qué miembros tan inequivalentes logra hacer ecuaciones Serenín. Agujero lo mismo que ventana. Venga a verlo el que quiera, si en realidad no es más que un agujero.

Oh, poder de la fe."Ya nadie —escribe Serenín— se atreverá a decir que es un agujero nuestra querida ventanita."

Y todavía no han parado en esto las operaciones. Con cuánta razón ha dicho:"Tiene el corazón sus razones que la razón no conoce."Caminando de ecuación en ecuación, de semejanza en semejanza. Serenín ha llegado a demostrar, casi nada, sólo que el agujero éste, y el cielo, son lo mismo.

La tierra es alta aquí; más de dos mil metros sobre el nivel del mar, la ventana, ocho a nueve metros más alta que la tierra; más alto aún, pero sin comparación, más alto aún que la ventana, a todos los metros sobre el nivel del mar, reposa el cielo.

Sin embargo, y a pesar de toda esta inconmensurabilidad de dimensiones que lleva a la dosimétrica ventana el inabarcado cielo, Serenín, con la barba en la mano, caminando de ecuación en ecuación, de semejanza en semejanza, de par en par, se ha disparado hasta llegar a convencerse de que el cielo y la ventana son lo mismo.

El cielo es la ventana. A ver si hay un héroe que se atreva y que venga y me lo explique.

Ninguno, que se sepa, tuvo jamás idea de lo que cielo es. Esta palabra, cielo, es nada más una armazón, un garabato seco, para usarlo cuando no se halla otro en que quepa lo que quiere decirse. Esto es, en efecto, algo inefable, algo infinito, azul, dulce, dichoso sin medida. No existe la palabra, no existe el pensamiento, no existe la ternura ni el dolor bastante largo para poder tocar la cuenca de esta techo sin techo que nos cubre.

Un pájaro es nuestro anhelar, un pájaro que se hunde vanamente en el vacío de nuestra alma, y sólo cuando con la piadosa ilusión que nos procura nuestro propio cansancio, transformamos en fuente de agua viva, cualquier brillo fugaz, decimos cielo, ensueño, amor, o dueño mío. Palabras solas son, palabras muy distantes, palabras que sólo usamos a fin de imaginar que no rompemos la aparente concatenación de nuestro ser, a fin de no enfrentarnos con la angustia de admitir que estamos rotos, palabras que sólo sirven para llenar con algo los abismos que vigilan, sedientos, en nuestro corazón, los puentes

que nos faltan para poder ligar los tramos que no hallamos del camino hacia nosotros mismo, las vacantes en sombra de nuestra existencia, los vanos o desvanes que no tienen identidad precisa y pueden contener cien mil, pero imprecisas.

Nadie, que se sepa, tuvo jamás idea de lo que cielo es. Él tampoco tiene; pero su corazón se finge que sí sabe, y vendándose los ojos, por un acto de su voluntad de que no da parte a su conciencia, se encierra y vive a oscuras, poseído por la representación que se ha hecho, consistente en que, al abrazar el dosimétrico fulgor que proyecta sobre una abertura practicada en un muro, abrazo el infinito, inabarcable cielo. Empero, insisto, ninguno, aparte de él podrá entenderlo nunca. Y es que cada uno se proyecta e inyecta de un modo diverso, su individualidad, la suma que resulta de sumar la inmensidad de su hambre de luz, más la inmensidad de sombra de su espíritu.

He aquí otra palabra semejante, otra palabra igualmente vaga, inmensa, irrellenable: "espíritu". ¿Qué quiere decir espíritu? Unos están seguros de tener espíritu, otros tienen determinadas dudas, otros no creen en esas cosas, otros les tienen miedo a los espíritus.

Y Serenín se ha vuelto silencioso, concentrado, fantasmal. Se ha ido replegando hacia su espíritu. Los amigos han ido retirándose de él a causa de su silencio. Les parece que se ha vuelto zonzo. Es una lástima; tan jovial como era, tan ingenioso. Lo que son las mujeres. En cuanto un hombre se mete con mujeres, todo se descompone.

Ya el coloquio social, toda demanda exterior lo desazona. Más que todas las pláticas, más que todos los discursos de los libros, lo contenta una callada

fuente de elocuencia, que él se sabe, y no encuentra sustancia, sino en los mensajes que de ella recoge.

A qué hora, cuándo, cómo, tal como tantas otras veces hasta ahora, aparecerán, detrás de la ventana, unas manos, una cabeza, una señora que, como una automática monita empequeñecida por la distancia, sabe mirarlo desde allá reír y sonreír, saludarlo con cautela de que nadie la vea y decir, sin que se oiga, sólo con movimientos de los labios: —Ay, te quiero.

Tiene ella unos ojos que a él le gustan mucho, que siempre le recuerdan un bello parlamento de Knut Hamsun: "Antes, señora, no me importaban a mí ningunos ojos. ¿Ojos azules? Bah. ¿Ojos verdes? Qué. ¿Ojos grises? Esta bien; pero hoy, señora, hoy se ha atravesado usted en mi camino con sus ojos negros…"

Tiene también cabellos, unos cabellos hondos y oscurísimos, siniestramente negros, donde los brillos cruzan y se mueven a modo de relámpagos, forman un marco sombrío a su cabeza y, al atardecer, el rostro luce entre ellos maravillosamente.

Cuando llegue la noche, se irá escondiendo todo. Los violetas y marfiles, los rosas y los negros, los nácares y azules se irán hacia lo negro, hacia lo gris, cual disolviéndose en una única tinta parda y homogénea. Y para un tiempo no se verá ya nada, y la ventana, consumiéndose a par de la figura, será sólo un recorte no distinto, igual que si detrás no hubiera alcoba, sino un trozo del cielo de la noche, en que hubieran muerto todas las estrellas.

Un poquito más tarde se encenderá una luz. La fuente luminosa habrá de quedar oculta; pero su emanación coloreará tímidamente el interior, y contra su fulgor amarillento, reaparecerá con visión tenue, la tenue figurita femenina.

En esta incierta hora el muro, ya algo más vago que el cielo, será un borroso lienzo pardo, con un recorte levemente iluminado que semejará una estrella fija, quieta, rectangular y plana, coronada por una infinidad de otras diminutas y nerviosas, esparcidas al tino por millares.

Más tarde aún, descenderá el silencio, suave, paulatinamente, como con paracaídas. Y cuando el silencio se tienda a reposar sobre la tierra, de la más grande y pálida de todas las estrellas, brotará una canción.

La canción habrá de repetirse muchas veces. El murmullo, que Serenín apenas oye, bajará de lo alto a envolverlo en una como luz profunda:

Tinieblas de tinieblas
era para mi oído tu silencio.

Así ha escrito Serenín en el angosto trozo de un block de taquigrafía partido a lo largo por la mitad. Ni piensa en hacer versos o poesía, le sale como agua, durante las exaltaciones en que por sus intimidades se hace la representación de que están conectados él y ella, y que ella puede oírlo:

De oro y de níquel, trémulas
novilunio y resol, chirle de músicas,
por mi ventana entran
las hebras de tu voz, desenvolviéndose
en mi estancia en silencio.

Primero es el oír, luego el entregarse de su ser, el convertirse en materia docilísima que no hace re-

sistencia a las delgadas fuerzas que lo toman, luego adquirir la forma que le imprimen, luego la captación consciente de esta forma y, finalmente, la aparición de las palabras en que esta misma forma se condensa:

…porque son de dos suertes los rumores,
unas hay que destrozan el silencio,
otros que lo iluminan.

No faltan, adyacentes, sujetos que se dan a los mil diablos, que se arrancan los pelos y comenta: "Si fuera una sola noche, pasaría; pero tener que oír todas las noches, ya deshora, este escándalo, sin poder ni dormir, es cosa que se pasa de la raya."

No es justo que así hablen. En realidad, no es escándalo. Es posible que la señora tenga sus defectos; pero, en cuanto a cantar, no canta enteramente mal. El mal está en la hora y en la continuidad, pues el canto se repita, se repite, de ordinario no cesa antes de las dos o las tres de la madrigada, que es la hora alrededor de la cual suele llegar a su domicilio el marido de la cantadora.

Ella conoce que ya viene, en que, no obstante que llaman a la puerta de la calle, no se enciende luz, y esto consiste en que como el marido es medio avaro, siempre discute antes de dar los diez centavos que uso dar a la portera, por cada abierta de después de las diez de la noche. Así que ésta, por desquite, no hace con éste como con los demás que no discuten el pago, y lo deja que entre a oscuras.

La cantora, en cuanto oye que llaman a la puerta, y ve que no se enciende el foco de la entrada ni el de la escalera, suspende su tonada, y, con objeto de que el

marido la encuentre haciéndose la dormida, corre a acostarse.

Por una distracción, he adelantado los acontecimientos. Todo lo descrito sucederá después de este momento. Apenas son las seis y media. Serenín se ha levantado de su observatorio sólo para ver la hora y evitar se cuente una mentira. Él, a par conmigo, comprende que en todos los extremos hay exceso, y que toda discreción consiste en encontrar y practicar el justo medio; pero en materia de veracidad es muy estricto, patológicamente escrupuloso, porque para ello tiene sus razones.

Su padre, que en paz descanse, era muy comprensivo y hasta blando; sólo que, con las mentiras, sí que no podía. Las cuatro únicas veces que lo castigó, fue por contar mentiras. Las mentiras que Serenín contaba, eran insignificantes: que había perdido el cambio, que no sabía cómo se le había hecho tal o cual garrancho de la blusa, que le dolían los dientes. Una de sus tías oyó, e intervino, y dijo: —Ya ni piensas. Lo que pasa es que no quieres ir al kinder. Todavía no tienes dientes. Qué te vamos a creer.

Ésta fue la primera vez que su padre le pegó. Mandáronlo a la escuela con una criada muy atleta. La criada fue empujándolo, estirándolo y diciéndole: —"Cuela","cuela", que se nos hace tarde. Cuando el profesor Espíndola lo vio llegar, le preguntó por qué llegaba tarde. No hallando qué decir, se disculpó diciendo…

Lo subsiguiente es, en cierto modo, trágico, contándolo os causaría pesadumbre. Además *Ars longa, vita brevis*. Y todavía quedan muchas cosas dentro del tintero.

Ahí, sobre un repisita de pared, yacentes al pie de un florero sin agua que soporta en los bordes de su

boca una rosa marchita, tiene Serenín unos tomates. ¡Ay!, estos tomates, citas tan inesperadamente y, al parecer, tan fuera de lugar, son de la mayor importancia, y constituyen el motivo más grave y emotivo de esta historia.

La chinita que vive detrás de la pared de enfrente, debido a circunstancias imperiosas y tristes, se vio obligada a casarse sin amor con un turco de Esmirna, que es enamorado y celoso como un turco.

Ella nunca lo ha querido; pero, a través del tiempo, se ha venido acrecentado el caso, y cada día lo quiere menos por judío, por celoso, por tacaño, por turco y porque no le quiere regalar una turquesa.

—Mísero —le dice—, y tantas turquesas como habrá en Turquía.

En cambio, se ha enamorado de Serenín perdidamente, casi tan perdidamente como él de ella.

Las causas de este infinito amor, nadie las sabe. Como todas las causas de la vida, del amor y la muerte, se ocultan tras el velo misterioso de lo incognoscible; pero su fuego se mantiene vivo, se estimula y acrece, en virtud de los riesgos y sobresaltos que les cuesta.

Casi siempre se hablan de lejos. De tanto violentarse y estirarse por alcanzarla, el corazón de Serenín se ha hecho largo, como el brazo derecho de los hortelanos que tienen que cortar muchos limones. Antes era redondo, apretadito, de no grandes alcances y no alcanzaba a salírsele del pecho. Ahora llega hasta la pared de enfrente.

Ella va todas las mañanas a traer su mandado a la plazuela del Carmen; pero él no puede acompañarla ni se atreve a seguirla, porque siempre va en su compañía, de centinela alerta, su cuñado.

Éste posee la condición adusta e incomprensiva que hace recelosos y cerrados a los solterones, en revancha del amargor de no haber oprimido ni tocado nunca la anhelada periferia de una hembra con sus dedos desafortunados.

No obstante, ella ya le ha encontrado a él su lado flaco. Le cuenta que tiene juvenil el semblante, y que las arideces del semblante no están bien sino en las personas mayores.

Oh, qué dulce embriaguez debe sentir dentro de sí, qué desvanecimiento en su dureza, este disecado sujeto, cuando la dulce niña lo convence de que se conserva joven y le insinúa que a la fecha todavía se le puede mirar con apetencia.

El asombro turco así lo manifiesta. Con tan halagadora convicción se le despierta una jovialidad aparatosa que lo mueve a hacerse el pequeñito, a expresarse a lo bebé que está aprendiendo a hablar, la toma de la mano y la invita a que salten como escolares que van trabando lo pasos, y en los momentos que tiene por propicios —y jamás se engaña— la muy pícara de ella, a él, le dice esto:

—Precisamente bajo el vidrio roto de esa puerta, el muchacho que te quedó debiendo los abonos, tiene un tapete color de rosa claro, que es finísimo. ¿quieres que le soltemos un tomate para que se le manche?

Oh, admirables ardides del amor. Serenín ya sabe que antes de entregar el tomate a su cuñado, ella lo besa apasionadamente.

Serenín, cuando vuelve, por ahí lo encuentra, lo levanta y en seguida lo coloca sobre la repisita, a fin de que le sirva de arcángel San Rafael, y no San Gabriel, es el nombre del mensajero que bajó del cielo

a traer a la Virgen María la Buena Nueva. Y así, cada tomate es para él un símbolo de amor, una síntesis en que se encierra toda la copia de misterios de su religión y de su fe. La repisita es, pues, un verdadero altar, un tabernáculo.

La recamarera que entra a alzar la pieza, desde un día en que vio la repisita, empezó a extrañarse, se dio a cavilar, y al fin, no pudiendo ya más, fue con la cocinera y le dio, en confidencia, la noticia de que el señor Urtusástegui, siempre tiene tomates en su repisita.

La cocinera pensó que el muy taimado los adquiría de los de la cocina, se sintió defraudada y, para librarse de responsabilidades, fue a ponerlo, a su vez, en conocimiento de la patrona.

A la patrona no le pareció del todo bien; pero, al fin qué, dijo, con un tomate menos, no voy a quedarme pobre.

—Pero es que no es sólo uno, añadió la cocinera. La recamarera dice que todos los días encuentra muchos.

La patrona, al fin humana, se dejó invadir por el torpe sentimiento de la inquina, entró en calor, vino a cerciorarse, vio que sobre la repisita se encontraban en efecto, unos tomates, frunció en un rictus de desazón su boca, se adhirió a la teoría de la cocinera y salió sin decir una palabra; pero más tarde, ordenó que desde el día siguiente se llevara una cuenta minuciosa de tomates. Como es de suponerse, nunca falló la cuenta. Los tomates resultaban cabales de continuo.

De aquí surgió un problema surgió una positiva intriga. ¿De dónde coge el señor Urtusástegui tomates y para qué los quiere?

Es fama que las mujeres no dicen misa porque son muy curiosas. No hace falta, empero, no dicen misa; pero con excepción de misa, no hay cosa que no digan, enredo que no hagan, ni chisme en que no influyan.

En suma el resultado ha sido que entre todas las formas el pueblo femenino de la vecindad no ha quedado una sola ignorante de que el señor Urtusástegui siempre tiene dos, tres, cuatro, cinco a seis tomates sobre una repisa.

Así que, bajo distintos pretextos, una tras otra fueron viniendo a visitarlo casi todas. Tan luego como se cercioraban de lo de los tomates, se salían. Pero una fervorosa que tiene en su vivienda muchos santos, más contumaz y de celo más vivo que las otras, alargó un tanto la visita y dijo:

—Oiga señor, ¿para qué quiere usted estos tomates?

Serenín se cohibió un tanto; mas al fin, pensando que no había ningún camino, por donde pudieran haber venido en conocimiento de sus cosas, y que, en consecuencia, no existía la posibilidad de que se esparciera su secreto, abiertamente, aunque sin medir lo que decía, le contestó:

—Verá, señora. Usted, probablemente no comprenda. Sin embargo, dígame: ¿usted, en su casa, tiene santos?

—Sí.

—¿Y para qué los quiere?

—Los tengo porque soy muy católica. Porque los necesito para acudir a ellos en mis horas de tribulación, en busca de consuelo.

—Muy bien contestado —aseveró Serenín—. En cuanto a mí, le diré que, pues no soy católico, que tengo una religión distinta de la suya, y que estos tomates que aquí tengo, son mis santos.

La vieja se quedó como en la luna, levantándose, fue saliendo pasito, caminando hacia atrás por no dar las espaldas, y en cuanto ganó la puerta, pies para cuándo son, se esfumó como encanto y se dio a repartir por todas partes la noticia.

Serenín salió a la calle. En la calle se encontró con que la gente no hablaba de otra cosa que de la muerte de Obregón. Frente al Palacio Nacional hormigueaba una multitud inmensa. Los periódicos lanzaban extras cada media hora y los ciudadanos los arrebataban, materialmente, de las manos de los papeleros. Era un acontecimiento terrible, inesperado, que cambiaría de blanco al negro los destinos de la patria; pero, en la vecindad, especialmente entre el elemento femenil; el asesinato de presidente electo, era un suceso pálido carente de interés. En nuestro país todos los presidentes acaban de ese modo y, además, en la vecindad sí se había dado un caso verdaderamente extraordinario. El verdadero ejemplar, el verdadero pánico, era que Serenín tuviera en su cuarto sobre su repisita, unos tomates.

Frente al cuarto del héroe, hormigueaba una multitud irregular, y, cuando lo vieron volviendo de la calle, se movieron tras él centenares de ojos espantados.

—Ése les reza el padrenuestro a unos tomates.

Serenín ni lo supo. Al entrar en su alcoba, percibió un tomate, lo recogió, limpióle el polvo, se sintió encaminado a suspirar; pero se lo impidieron un nudo de enternecimiento que le cerró el cuello y la aparición precisa, clara, induditable y firme de que el tomate, el polvo, el cuerpo, el alma, etc.,…todo cuanto existe, y el cielo, son lo mismo.